

SOCIALISMO DE MEDIO PLANETA





SOCIALISMO DE MEDIO PLANETA

Un plan para salvar el futuro
de la extinción, el cambio
climático y las pandemias

Troy Vettese y Drew Pendergrass

Traducción de Francisco Jota-Pérez

Primera edición: mayo de 2023

Título original: *Half-Earth Socialism.*
A Plan to Save the Future from Extinction,
Climate Change, and Pandemics

© 2022, Troy Vettese y Drew Pendergrass

© 2022, Verso Books,

por la edición original en lengua inglesa

© 2023, Levanta Fuego, por esta edición

© 2023, Francisco Jota-Pérez, por la traducción

Todos los derechos reservados

Diseño de colección y cubierta: Münster Studio

Diseño de interiores: Levanta Fuego

Maquetación: Marta García

Publicado por: Levanta Fuego

www.levantafuego.com

contacto@levantafuego.com

ISBN: 978-84-127107-0-0

Depósito Legal: M-12564-2023

Índice

Introducción	13
1. Encadenar a Prometeo	41
2. Una nueva república.....	85
3. Planificar medio planeta	125
4. Noticias de 2047	185
Epílogo. Una época de descanso	225
Agradecimientos.....	237
Apéndice	241
Notas	245



A nuestros padres y nuestras madres



Un mapa del mundo que no incluya Utopía no es digno de consultarse, pues carece del único país en el que la Humanidad está siempre desembarcando. Y cuando lo hace, otea el horizonte y, al descubrir un país mejor, zarpa de nuevo. El progreso es la realización de Utopías.

OSCAR WILDE

Y entramos en el espacio propio y novedoso de la utopía: la educación del deseo, que no es lo mismo que «una educación moral» orientada hacia un fin establecido. Más bien se trata de abrir un camino a la aspiración, de «enseñarle al deseo a desear, a desear mejor, a desear más y sobre todo a desear de manera distinta».

E. P. THOMPSON, citando a MIGUEL ABENSOUR



Introducción

¿Tan incomprensible resulta que hoy en día la gente reclame utopías, imágenes poderosas de su destino futuro?

OTTO NEURATH

MIRANDO ATRÁS: 2047

En el otoño del año 2029, después de asolar durante años las ciudades y las aldeas de los países pobres, el cambio climático demostró que era capaz de poner de rodillas incluso el epicentro del capitalismo global. Un huracán de una ferocidad inaudita, alimentado por un calor oceánico impropio de esa estación en el noroeste del Atlántico, dejó un rastro de destrucción entre Washington y Boston.¹ Unas poderosas tempestades inundaron las ciudades costeras y vientos fuertes derribaron el tendido eléctrico, dejando sin luz durante semanas a treinta millones de personas. Mientras los equipos de emergencia excavaban entre los escombros, ya ni los republicanos más fanáticos podían negar los efectos del cambio climático. El consenso, alcanzado en una sesión del Congreso a la luz de las velas, no fue el de descarbonizar el sistema energético, sino el de desplegar una tecnología radical y aún no probada denominada «modificación de la radiación solar» (MRS) con la que garantizar que en Estados Unidos nunca volviese a tener lugar un desastre como este.

El gobierno contrató una *start-up* nacida de un laboratorio de una universidad de la Ivy League para que rociase los cielos con una bruma de sulfuro. Se modernizaron los cazas militares para que soltasen en la estratosfera una carga capaz de alterar la atmósfera. El «estratoescudo» de aerosoles reflectantes que se creó bloqueaba una fracción cuidadosamente medida de la luz solar y en pocos años redujo las temperaturas globales a niveles preindustriales. Las opiniones más respetables reconocían que, pese a la tragedia, causada por la MRS, de que hubiera habido tantísimas cosechas escasas en los países ecuatoriales y de que el sulfuro atmosférico adicional hubiese matado cada año a miles de personas pobres, estaba claro que en su conjunto los beneficios eran mayores que los costes.² En lugar de ver la MRS como una medida peligrosa y desesperada, las personas más optimistas la pintaron como si fuera una demostración de las habilidades políticas, la tecnología y la intrepidez empresarial estadounidenses.

Pero muy pronto los costes del programa de MRS fueron imposibles de obviar. Uno de los desarrollos más nocivos fue la continua erosión de la capa de ozono —un escudo protector del que depende toda la vida en la Tierra— debido a los aerosoles sulfúricos. Los geoingenieros le aseguraron a la gente que pronto se iba a descubrir un aerosol neutro. Hicieron experimentos con diamantes y manipularon nanopartículas y, durante un tiempo, estuvieron especialmente ilusionados con el carbonato de calcio porque parecía que su alcalinidad podría revertir la acidificación de la capa de ozono.³ Por desgracia, debido a la compleja química de la atmósfera, el carbonato de calcio catalizó una reacción inesperada que en realidad dejó un agujero en la capa de ozono aún más grande que el que había antes.⁴ En la década de 2040 —después de más de diez años de funcionamiento del programa de MRS— todavía no existía una solución a largo plazo para el problema.

Llegados a este punto no se podía desactivar sin más la MRS porque las altas concentraciones de gases de efecto invernadero calentarían la atmósfera de golpe, lo que los científicos calificaban como un «shock terminal».

Mientras en el horizonte se cernía la amenaza sobre la capa de ozono, la alteración provocada por la MRS sobre varios sistemas meteorológicos globales era un peligro real y manifiesto. El más preocupante era el debilitamiento del monzón, que suponía un riesgo para la subsistencia de decenas de millones de agricultores indios. Valiéndose de la diplomacia y de generosas compensaciones, Washington logró convencer a Delhi para que aparcase la amenaza de derribar la flota de la MRS estadounidense, pero no estaba claro que se pudiera alcanzar un acuerdo similar con Moscú o con Pekín si sus gobiernos tenían que hacer frente a un desastre provocado por este programa. En Washington, no obstante, preocupaba poco lo que las potencias no nucleares pensarán del estratocapítulo, después de haberlo implementado haciéndolo pasar como una apisonadora por encima de las objeciones que otros países habían presentado en 2029. La unilateralidad estadounidense en la investigación de la MRS se remonta a finales de la década de 2010, cuando una coalición de países africanos y países insulares de escasa altitud intentó someter una y otra vez el programa a las autoridades internacionales, como el Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente o el Protocolo de Montreal (un tratado para proteger la capa de ozono). Estados Unidos vetó estas mociones para así dejar sin regular la MRS; parece ser que la geoingeniería siempre había sido una forma de guerra de clases planetaria.⁵

Para desmentir las acusaciones de imperialismo climático, los geoingenieros afirmaron que la MRS funcionaba en realidad en beneficio de los países pobres.⁶ Según este punto de vista, el programa reducía la prima de riesgo de estos

Estados frente a los «bonos catástrofe», una extravagante herramienta financiera lanzada por los banqueros de Wall Street interesados en hacerle un lavado de imagen verde a sus porfolios. Los geingenieros pensaban que de esta manera el mercado podría sortear la división que separaba al norte global de sur global. Surgió la oportunidad de probar esta solución de mercado poco después de que se pusiera en marcha el plan de 2029, cuando unas sequías sin precedentes asolaron África occidental. Pese a todo, estas crisis por lo general no reunían todas las condiciones que se reflejaban en algunos contratos, lo que hizo que algunos gobiernos que tenían problemas de liquidez se vieran en problemas para dar una respuesta.⁷ Incluso cuando los tenedores sí que pagaban, el dinero a menudo llegaba demasiado tarde como para ayudar a aliviar los esfuerzos y tampoco servía para pagar por recuperar los ecosistemas que se habían deteriorado debido al nuevo régimen de la MRS.⁸ Este tipo de experiencias contrastaban de manera radical con los impactos de este programa en los Estados del centro capitalista, donde la vida cotidiana continuaba más o menos como siempre a excepción de que el tiempo estaba nublado casi de manera permanente. Incluso en ese momento, mucha gente veía la pérdida del cielo azul como un daño colateral inevitable de la modernidad, del mismo modo en que, un siglo antes, la electrificación había extinguido las noches estrelladas.

La MRS supuso el principio del fin del movimiento ecologista. Como los químicos bloqueaban parcialmente la fuente de energía de los paneles solares, los inversores entraron en pánico y los fondos dedicados a las infraestructuras de renovables se hundieron a principios de la década de 2030, desatando un renacimiento inesperado del sector del petróleo «no convencional» —arenas bituminosas, fracking y plataformas marinas—, de alto coste y muy destructivo para el

medio ambiente. De hecho, lejos de ser una cosa limitada, en 2040 la producción total de petróleo estaba camino de alcanzar los 116 millones de barriles diarios, en torno a un 16% más que a principios de los años veinte del siglo XXI.⁹ Con el estratoescudo en funcionamiento, el imperativo de acabar con la industria de los combustibles fósiles se relajó. Si bien la MRS devolvió cierta estabilidad climática y económica (aunque solamente en el norte rico), este nuevo termostato global demostró ser incapaz de revertir el declive de la biosfera. La marcha macabra de pérdida de hábitats y de extinciones avanzaba sin dar tregua. Los ecólogos se desesperaban ante la desaparición de innumerables especies cuyos ciclos vitales quedaban trastocados por el ritmo sincopado de las estaciones y los impactos de un clima trastornado. La incesante contaminación de carbono alteró la química oceánica hasta tal punto que solo las criaturas más resistentes lograron sobrevivir entre vastos residuos ácidos. Los aerosoles sulfúricos crearon una lluvia ácida que envenenó los bosques y los lagos, revirtiendo uno de los grandes logros del activismo ecologista de la década de 1980.

En resumen, estos hechos expresan una extraña derrota para el movimiento ecologista, extraña porque durante décadas había estado logrando una victoria tras otra. Millones de personas habían salido a la calle a manifestarse por la justicia climática en la década de 2010 y los partidos ecologistas se habían hecho con el poder en gobiernos regionales y estatales de todo el mundo en la década posterior, lo que les permitió poner en marcha por fin su sueño de un «capitalismo verde». Por ejemplo, el precio a las emisiones, que cubría solo una quinta parte de las emisiones globales en el año 2020, llegó a abarcar la mitad en 2030.¹⁰ Por desgracia, el precio mediano solo creció de 15 dólares estadounidenses por tonelada a 40 (lo que se traduce en apenas 1,36 dólares por

litro en el surtidor). Esta cifra es muy inferior a los objetivos mucho más estrictos fijados por el Panel Intergubernamental del Cambio Climático (IPCC), que oscilaban entre los 136 y los 6.050 dólares por tonelada (esto es, que pudieran alcanzarse hasta 201,53 dólares adicionales por litro de gasolina).¹¹ Los verdes tuvieron más éxito a la hora de implementar nuevos estándares globales que acabaron por duplicar la tasas de crecimiento de la eficiencia energética entre 2017 y 2040. Aun así, estas mejoras fueron contrarrestadas por un crecimiento de la demanda energética todavía más acusado.¹² Las ganancias relativas importan poco en un planeta finito. Los defensores de los vehículos «verdes» (eléctricos, de pila de combustible, o híbridos) tuvieron que hacer frente a unas tendencias contradictorias muy parecidas. Estos coches llegaron a representar una quinta parte del parque de automóviles global en 2040 y un 30% de las nuevas ventas, cosa que es todo un logro; pero como la gente estaba comprando y conduciendo coches a un ritmo nunca visto, la cantidad de gasolina engullida por el transporte privado apenas varió.¹³ Una de las razones principales de todo esto fue el fracaso de los gobiernos verdes a la hora de reducir la demanda de coches mediante el incremento de la densidad urbana y del transporte público. En el año 2040, la energía eólica y solar apenas representaba un 4% del sistema energético a pesar de ser la fuente de generación de energía que más rápido estaba creciendo, mientras que los combustibles fósiles seguían teniendo una cuota del 76% del total, menor que antes pero todavía dominante.¹⁴ El problema es que los verdes interpretaron equivocadamente la ralentización del ritmo de la crisis medioambiental como una victoria cuando no era nada más que una derrota postergada.

Después de varias décadas en las que el ecologismo había promovido soluciones en las que tanto los negocios como la

naturaleza salían ganando, resultó evidente que la verdadera libertad se hallaba en la toma de decisiones poco rentables económicamente. El «libre» mercado impedía que se cerraran compañías de combustibles fósiles, se aplicasen topes energéticos y se construyesen infraestructuras de energía renovable a gran escala. Las empresas privadas se resistían con uñas y dientes a esto último porque temían la «espiral mortífera» a la que podrían abocarlas las energías renovables: cuando hubiese tanta gente que se hubiese instalado su propio panel solar, las empresas perderían clientes y se verían obligadas a aumentar los precios, lo que a su vez conduciría a una reducción mayor de su cuota de mercado. No solo eso, sino que estos nuevos consumidores-productores desestabilizaría la red energética al vender el excedente producido en los días de viento o en días soleados. Las empresas respondieron ejerciendo una gran presión institucional contra los contratos de pago y las licencias para la producción de energía renovable.¹⁵ Incluso cuando los gobiernos lograban superar estas resistencias, la variabilidad del viento o del sol se unió a una insuficiente capacidad de almacenamiento energético, lo que implicó que las interrupciones en el suministro energético fueran inevitables.¹⁶ La imposición de estos obstáculos fue un suicidio político en el norte global, aun si estos apagones llevaban tiempo siendo habituales en el sur.¹⁷ Toda la idea del «capitalismo verde» se basaba en que los ecologistas solo tenían que plantear unas demandas mínimas a las empresas y a los consumidores para así ganarse su apoyo, ¿pero cómo iban a solucionarse los problemas más grandes del planeta con medios tan modestos?

Este tipo de reticencias políticas llegaban a la cuestión de la carne, quizás con las consecuencias más extremas. Hacía mucho tiempo que el ecologismo se había mostrado reacio a plantear este asunto por miedo a perder apoyo,

pero demostró ser un grave error de cálculo. Mientras que la acidificación de los océanos debido a la contaminación de carbono y el nuevo programa de MRS llevaron a muchas especies a la extinción, la mayor carnífera de la biodiversidad global era la industria ganadera.¹⁸ A pesar de representar apenas unos pocos puntos porcentuales del PIB global, la cría de animales arrasaba con innumerables ecosistemas salvajes para poder mantener cautivos y con vida a miles de millones de seres hacinados. La producción de carne se duplicó durante las tres décadas anteriores al año 2047, trayendo consigo unos costes devastadores para los entornos locales y para el clima global.¹⁹ Se supone que este futuro lo tenían que haber evitado los científicos emprendedores y las empresas éticas que suministraban «carne limpia» (de laboratorio o hecha a partir de productos vegetales), pero aunque este nuevo mercado creció de manera considerable, le sucedió lo mismo que a los coches eléctricos o que al sector de las energías renovables, y es que no podía solucionar el problema por sí mismo. El mercado podía vender tanto el veneno como su antídoto, pero le importaba poco cuál fuese la proporción correcta entre uno y otro.

Durante estas décadas aciagas, el sector ganadero, una fuerza planetaria comparable a la industria de los combustibles fósiles, generó impactos en el sistema global de manera reiterada. Las operaciones que implicaban a millones de animales fueron criaderos de enfermedades zoonóticas y los estallidos a pequeña escala se producían de forma casi constante: la *E. coli* (incluida la peligrosa cepa STEC O104:H4), la fiebre Q, la salmonela que contaminaba el agua, el aire y la comida.²⁰ No obstante, estas crisis no fueron más que un rasguño en comparación con la herida civilizatoria que supuso la pandemia de gripe aviar de 2035, unas tres décadas después del primer caso de transmisión entre humanos.

Dado que las víctimas del virus se enfrentaron una tasa de mortalidad del 60%, el hecho de que se limitase la cifra de muertes a nivel global a doscientos millones de personas es una especie de victoria pírrica.²¹ Después de este *annus horribilis*, hubo llamamientos para vaciar las reservas de enfermedades dentro de las poblaciones de animales salvajes mediante extinciones deliberadas.²² Esto fue percibido como algo más oportuno que pedirle a la gente que dejara de comer carne y ampliar las reservas naturales para que actuaran como cordones sanitarios, aunque los expertos en salud pública llevasen defendiendo un programa como este desde principios del siglo XXI.²³

Durante estos años resultó complicado valorar por separado las catástrofes medioambientales y económicas. El inexorable aumento de la ganadería industrial barrió con los restos de diez mil años de campesinado en el mundo. Como la industria capaz de absorber a esta clase desplazada era escasa, el porcentaje de la humanidad que vivía en chabolas se multiplicó por más de dos entre principios de la década de 2020 y el año 2047 hasta llegar a los tres mil millones de personas.²⁴ La desigualdad, la automatización y las bajas tasas de crecimiento económico conllevaron que, en 2040, en torno a un 24% de la población mundial se viese forzada a una inactividad involuntaria, cuatro veces más que a mediados de la década de 2010.²⁵ En 2050, el 1% más rico se había embolsado el 39% de la riqueza mundial, reduciendo el 27% que poseía la clase media global (esto es, las dos quintas partes situadas en la zona media), por no hablar de las migajas que estaban en manos de los miles de millones de personas que se situaban abajo del todo.²⁶ La desigualdad también tenía consecuencias medioambientales, en la medida en que el 1% más rico emitía el doble de dióxido de carbono que la mitad de la humanidad situada en la parte inferior.²⁷ A mediados de la década de 2030 apareció

el primer billonario: un magnate chino de la tecnología venció por los pelos a un rival estadounidense en la lucha por convertirse en un Creso moderno. La geoingeniería trajo consigo fortunas pequeñas pero importantes para los científicos corporativos, que cobraron un buen dinero de la compra pública de sus *start-up* poco después de que se pusiera en marcha el estratoescudo. Los conspiranoicos que veían en la MRS un *chemtrail* venenoso se encargaron de que los geoingenieros no pudieran dormir en paz; algunos incluso fueron asesinados.²⁸

Aunque buena parte del mundo natural había quedado transformado en una macrogranja, en un barrio residencial o en un vertedero, el control del mercado sobre la biosfera seguía sin ser ni mucho menos total. La MRS ponía de manifiesto el abismo que existía entre la dominación y el caos involuntario. Incluso después de años de estudio y aplicación, la geoingeniería todavía no había logrado comprender la hipercomplejidad del sistema Tierra, que incluía dentro de sí a las criaturas vivas, el lento batir de los océanos y un clima vasto y turbulento. Se enfrentaron a este reto con engreimiento en lugar de hacerlo con humildad ante lo que no conocían y lo que, de hecho, no podían conocer. En las décadas previas al año 2029, los geoingenieros no se preocuparon por recopilar muchos datos básicos ni por crear modelos detallados.²⁹ De esta forma, sus actuaciones contradecían lo que muchos filósofos de la ciencia habían sospechado: que, debido a la complejidad del sistema Tierra, los experimentos a pequeña escala de la MRS nunca podrían captar lo que implicaría su implementación.³⁰ En esta época posexperimental, la acción reemplazó al conocimiento.

En la década de 2030, la amenaza material y política que el cambio climático suponía para el orden existente alcanzó su punto más alto y luego se hundió. El hecho de que los científicos corporativos y el generoso respaldo filantrópico que tenían tras de sí superaran la crisis climática mediante

el uso de la MRS pareció justificar la fe en los mercados. Después de todo, las empresas de combustibles fósiles, los *think tanks* conservadores y los departamentos de economía habían sido los primeros en dar su apoyo a la geoingeniería.³¹ Esta coalición conservadora, que había estado alimentando esta crisis de catástrofes medioambientales y desigualdad desde mediados del siglo xx, seguía siendo la dominante un siglo después. A pesar de haber tocado poder de manera breve, el ecologismo no obtuvo muchos logros porque nunca llegó a dilucidar de qué forma se entrelazaban las diversas facetas de la crisis medioambiental —el cambio climático, las pandemias y las extinciones masivas—, y tampoco logró articular una imagen de cómo podría ser la sociedad que viniera tras esta crisis. La clase dominante llevaba mucho tiempo siendo astuta e implacable, pero también tuvo la fortuna de enfrentarse a tan desdichados oponentes.

LAS VISTAS DESDE MONT PÈLERIN

¿Cómo se puede esquivar este futuro distópico? El colapso medioambiental y los niveles feudales de desigualdad no son algo inevitable. Aunque es cierto que la biosfera está en un estado pésimo, aún hay tiempo para revertir su declive y para crear al mismo tiempo una sociedad justa. El objetivo de este libro es dibujar las condiciones materiales del actual problema ecológico y mostrar cómo puede ser trascendido mediante nuevas formas de concebir la relación entre la economía y el medio ambiente. Aunque por momentos nuestras propuestas puedan parecer excéntricas —a fin de cuentas, nuestro libro pertenece a la tradición utópica—, su objetivo es animar a quienes forman parte de la izquierda y del movimiento ecologista a tomarse en serio un reto que consiste no solamente en sobrevivir a los próximos cien años, sino en